

LA REIAL ACADÈMIA DE BONES LLETRES



© ELOI BONJOCH

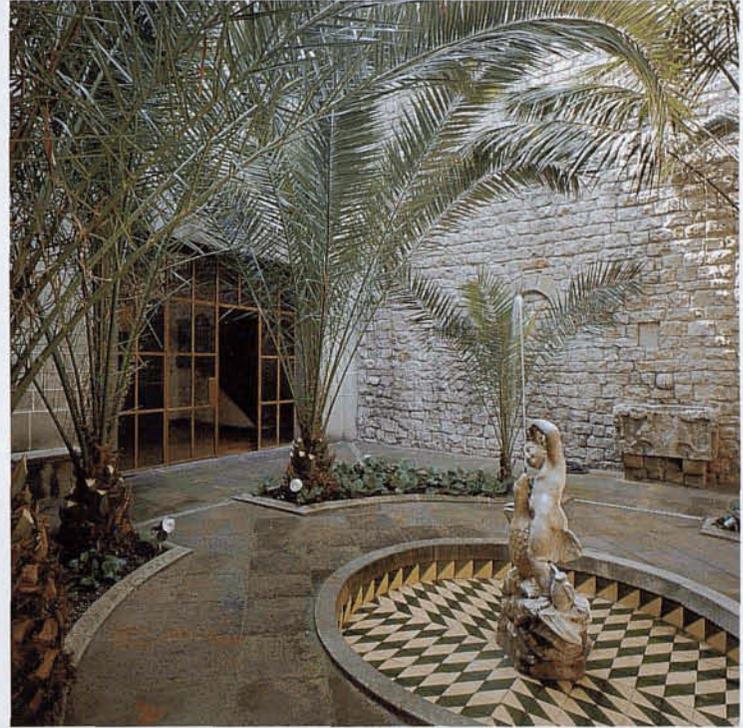
LA REIAL ACADÈMIA DE BONES LLETRES, ACTUAL HEREDERA DE LA ACADÈMIA DESCONFIA DA Y DE LA ACADÈMIA SENSE NOM, HA LLEGADO HASTA LA ACTUALIDAD LUCHANDO SIEMPRE POR LLEVAR A CABO SU MISIÓN QUE, DESDE SUS INICIOS, CONSISTE EN INSTRUIR A LA JUVENTUD Y EN CULTIVAR LAS BELLAS LETRAS EN GENERAL, ESPECIALMENTE AQUÉLLAS QUE MÁS PUEDAN CONTRIBUIR A ILUSTRAR LA HISTORIA DE CATALUÑA.

ALEXIS EUDALD SOLÀ SECRETARIO ACADÉMICO DE LA REIAL ACADÈMIA DE BONES LLETRES

El 3 de junio de 1700, un grupo de nobles y eclesiásticos catalanes se reunió en el palacio de don Pau Ignasi de Dalmasas i Ros, en la barcelonesa calle de Montcada y, movido por sus aficiones literarias e históricas, decidió fundar una academia, al estilo de las que durante los dos siglos anteriores ya se habían constituido en Italia y en España, con el fin “de llenar el tiempo con inge-

niosas ocupaciones”. Nombrado presidente don Joan Antoni de Boixadors, de Pinós i de Rocabertí, conde de Savallà, la nueva sociedad de nobles celebró la primera de sus sesiones, que a la sazón se denominaban “academias”, siete días más tarde, y puso el sodalicio bajo la advocación de la Virgen de Montserrat, dándole el nombre de *Acadèmia dels Desconfiats o Desconfiada*, un título muy

de la época, que quería advertir, de entrada, que sus miembros no actuaban sin reflexión sino que, como la nave que temerosa de la tempestad sigue firme en la playa y no sale a alta mar para no zozobrar, talmente la nueva academia intentaría mantenerse siempre a flote a lo largo de las más difíciles singladuras, precisamente porque desconfiaba de lo imprevisto y, por consiguiente, al desconfiar, se



© ELOI BONJOCH

mantenía segura *—tuta quia diffidens—*, como abiertamente proclama la divisa de su emblema. Y así ha sido en efecto. A pesar de las situaciones difíciles que le ha tocado vivir a lo largo de casi trescientos años, la Reial Acadèmia de Bones Lletres, actual heredera y sucesora de la Acadèmia Desconfiada y de la Acadèmia Sense Nom, ha llegado hasta la actualidad y ha podido superar, con trabajo y tenacidad, todos los momentos adversos, luchando siempre por llevar a cabo su misión que, desde sus inicios, consiste en *instruir a la juventud y también, como rezan sus estatutos, en cultivar las bellas letras en general y, especialmente, aquellas ramas del saber que más puedan contribuir a ilustrar la historia de Cataluña.*

El largo camino recorrido no ha sido, sin embargo, llano ni ha estado exento de dificultades. Es evidente que la Acadèmia, ya desde su fundación, se resintió del ambiente de luchas y guerras en el que vivía inmerso el país y, en consecuencia, su historia refleja trágicamente todas las vicisitudes políticas y bélicas. Porque si la Guerra de Sucesión marca ya el final de la primera etapa de sus actividades, la ocupación francesa de Barcelona, entre 1807 y 1814, la revolución liberal de 1820 y, un siglo más tarde, la guerra civil de 1936-1939, determinaron otras interrupciones

que, afortunadamente, fueron superadas con voluntad y coraje. Y así es como la Acadèmia que hoy se aloja en el bello Palau de la Comtessa de Palamós —una de las mejores muestras del gótico civil catalán que se alza sobre las murallas de la Barcino romana—, tras haber sido primero Desconfiada, posteriormente Sense Nom (1729-1751) y, por último, reconocida con el título de Reial (en 1752 y gracias al despacho de Fernando IV), se presenta en nuestros días como la más antigua de las instituciones académicas vinculadas a la Corona, que recibe en transferencia la Generalitat cuando asume las competencias exclusivas sobre las corporaciones similares que actúan en el territorio de Cataluña.

En casi tres siglos de existencia, la Acadèmia ha realizado una labor que, inspirada en todo momento por sus postulados iniciales, ha contribuido poderosamente al apogeo de la actividad científica y de la vida cultural catalanas. Y si bien es cierto que en la primera etapa los nobles actuaban más por el placer de pasar el rato agradablemente, con veladas poéticas barrocas y afectadas, que llevados por un ideario propiamente científico, también lo es que les movían unos determinados intereses políticos que, al morir Carlos II —circunstancia que la Acadèmia

deploró con la publicación de las famosas *Nenias reales i lágrimas obsequiosas a la memoria del gran Carlos II—*, se hicieron más que evidentes con la fidelidad de una parte de los académicos a la casa de los Habsburgo y a la causa austriacista, y con las simpatías y la adhesión de los demás a la familia de los Borbones. Ya en la segunda etapa —la de la Acadèmia Sense Nom— los nuevos miembros se impusieron como finalidad primordial el estudio de la historia, y en especial la de Cataluña, y se preocuparon de que la juventud barcelonesa, privada en aquellos años de la universidad, que como represalia había sido trasladada a Cervera, pudiera disponer de un foco de instrucción y de formación. De este modo la Acadèmia pasó a desempeñar una labor de suplencia, y preparó el terreno para que, al producirse el retorno del Alma Mater a la capital de Cataluña, hubiera hombres preparados para regentar con autoridad las nuevas cátedras. Y así, si un académico, Albert Pujol i Gurena, era nombrado primer rector de la universidad restaurada, otros muchos ilustres académicos se hicieron cargo de los puestos de mayor responsabilidad en el ámbito de la docencia universitaria.

En los mismos años, la Acadèmia desarrolló, paralelamente, una actividad im-

portantísima en la salvación, recopilación y catalogación de todo tipo de obras de arte que, debido a los efectos de la desamortización de 1835, corrían el peligro de perderse para siempre. No fue así gracias a la actuación decidida de sus miembros, que se esforzaron por salvar todo aquello que pudieron salvar y, además, lo conservaron amorosa y solícitamente en un museo de la Acadèmia que, instalado en la capilla palatina de Santa Àgata, pasaría a ser uno de los embriones del futuro Museo de Arte de Cataluña. Junto a esta educación para recuperar el patrimonio artístico, la Acadèmia abrazó con entusiasmo el ideal de hacer renacer la lengua y la cultura del país y, si ya en 1842 otorgaba a Joaquim Rubió i Ors un premio por su poema *Roudor del Llobregat*, evocador de los días gloriosos de los catalanes en el Mediterráneo y en tierras de Grecia, acto seguido reunía en su seno a nombres tan gloriosos y tan decisivos para nuestro resurgir nacional como Balari i Jovany, Milà i Fontanals o Rubió i Lluch, es decir, una pléyade de filólogos, historiadores, juristas, geógrafos, bibliófilos, filósofos, escritores y poetas, desde Aribau, Verdaguer y Víctor Català hasta Carles Riba y Josep M. de Sagarra —dos figuras que, aunque no llegaron a leer su discurso de ingreso, fueron elegidas en su momento para formar parte de la Acadèmia—, y ulteriormente Salvador Espriu.

La lista de todos estos personajes tan singulares da una idea bastante clara de lo que significó la Acadèmia en el momento de la Renaixença y en las etapas posteriores, y, a pesar de que en la cuestión de la lengua en parte mantuvo durante muchos años una actitud conservadora, con el mantenimiento de las famosas normas ortográficas, distintas a las oficiales fabrianas, los numerosos trabajos de carácter filológico publicados en los boletines y en las memorias, o los estudios divulgados a través de los discursos de recepción, atestiguan la ingente labor realizada. Como corolario cabe decir que, además, al nombrar como académicos correspondientes a las personalidades más relevantes de la vida cultural europea, la Acadèmia extendió sus relaciones con la comunidad científica internacional de un modo que hoy impresionan.

La guerra civil, que deshizo tantas cosas, también interrumpió, aunque momentáneamente, la actividad de la Acadèmia.



Ésta se reinició tan pronto como las circunstancias lo hicieron posible, a pesar de que en el período de tres años algunos académicos habían fallecido y dos miembros de la corporación, Bosch i Gimpera y Serra Húnter, habían tenido que exiliarse. La Acadèmia, sin embargo, hizo caso omiso a las disposiciones emanadas del franquismo y los mantuvo siempre en su actividad de académicos. Aun así, la nueva situación política, en absoluto favorable a la lengua y la cultura catalanas, supuso para la institución, en primer lugar, un esfuerzo muy serio por intentar curar la herida abierta por la discordia civil y, desde esa perspectiva, es obligado decir que sus presidentes, Ferran Valls i Taberner, Carles Sanllehy, Ramon d'Abadal, Agustí Duran i Sanpere y Martí de Riquer, lucharon por que la Acadèmia fuera, por encima de todo, una escuela de convivencia, un lugar de trabajo, de paz y de estudio, donde los hombres de las más variadas tendencias se reunían para hacer ciencia y para hacer que, con esa ciencia, el país se enriqueciera con el progreso de la cultura y de las humanidades. Paulatinamente, la realidad cultural catalana volvió a ocupar en la Acadèmia el lugar que le correspondía. En realidad, nunca

había dejado de acoger en su seno a algunos de sus representantes más conspicuos —López Picó y Jordi Rubió, Millàs i Valli-crosa y Lluís Pericot, Ferran Soldevila y Jaume Vicens Vives—, que pasaron a ocupar sus asientos académicos y se incorporaron a las tareas de la corporación. A finales de los años sesenta ya pudieron reunirse en su sede corporativa, felizmente restaurada y dignificada. Las nuevas generaciones de profesores y de estudiosos vinieron a tomar el relevo de los antiguos maestros y así el Palacio de los Requesens fue, una vez más, un hogar de investigación y de estudio, que se basaba en los ricos archivos y en las bibliotecas de la Acadèmia que, desde entonces, nunca han dejado de incrementar sus fondos.

Y así, si en un libro publicado en 1955 se hacía un libro publicado de lo que ha sido la aportación de la Acadèmia en los campos de la prehistoria, de la historia en todas sus ramas, de la arqueología y de la historia del arte, de la orientálica y de la filología clásica, de la romanística y en especial de la catalanística, de la filosofía y de la historia del derecho, en estos últimos años, además de continuar con las actividades académicas normales —unas sesiones científicas quincenales a lo largo de todo el curso—, la corporación ha abierto su palacio para acoger todo tipo de actos culturales, convirtiéndose así en un refugio privilegiado donde se han celebrado congresos, simposios y reuniones científicas, encuentros periódicos de asociaciones culturales, y exposiciones relacionadas con la historia y la vida cultural del país. Baste con recordar el simposio sobre los quinientos años del *Tirant lo Blanch* o el que se celebró para conmemorar el milenario de Cataluña; y en cuanto a las exposiciones, la dedicada a Feliu de la Peña o la del Corpus de Sang, por citar sólo algunos de los acontecimientos más recientes. Junto a estas actividades más públicas, los institutos que funcionan en el seno de la Acadèmia —el *Instituto de Filología Románica*, el *Instituto de Historia de la Ciencia*, el *Instituto de Historia Medieval* y el *Instituto de Estudios Neohelénicos*— son la justificación y el futuro de esta Real Corporación que, desde dichos centros de estudio especializado y riguroso, aspira a seguir llevando a cabo un servicio eficaz para el país en el campo de la alta cultura y del humanismo.